

RECORDANDO TÉ

Un té entre sus manos perdiendo el sabor, una manta mal doblada esperando cubrir sus piernas en una tarde oscura donde el cuco chillón no se decide a salir. La luna se asoma, pícara, expectante e impaciente esperando a que ella vuelva a susurrar su nombre. Una noche más. Una lágrima suicida inaugura de nuevo el ritual. Baila por su mejilla. Y ella solo piensa en ese té que se enfría. Maldice por lo bajo... es invierno, y el té debe estar caliente. Da un sorbo y arruga la nariz. Demasiado azúcar para tan poca agua manchada. Ella nunca corre, ella siempre lucha. Pequeña zarigüella con alma de pantera. Oscura, brillante, feroz.

Recordando como las olas chocaban en la orilla y unos labios que chocaban en los de ella. Perfecto puzzle de instrucciones no leídas.

Suspira. Un copo de nieve entra por la ventana abierta de par en par. Ella tiembla. Siente frío, pero la manta se niega a moverse hasta su regazo. Y ella ya no lucha por el calor. Se dedica a mirar los copos levitar, sin propósito alguno mas que caer y amontonarse. Y formar algo. Tres, dos, uno. Las agujas del reloj marcan el inicio de otra nueva hora. El maldito cuco chillón sale y cumple con su cometido. Y a ella no le importa. Porque ya no sigue el compás.

Recordando una mirada tímida, unas manos colocar un despistado mechón de pelo detrás de su oreja.

Una caja de bombones. Ella coge uno al azar, se lo mete en la boca y lo mastica. No sabe a que sabe, pues hace una mueca y traga. Y es que ella ya no deja que el chocolate se derrita poco a poco entre el abrazo de su paladar y su lengua. Porque ella ya no saborea el placer de un buen bombón de praliné y almendritas crujientes por encima.

Recordando una copa de vino a medias. Dos lágrimas escarlatas derramadas sin querer sobre el mantel lleno de migas. Risas y lenguas que arrastraban una palabra tras otra. Y la copa entre cuatro manos entrelazadas. Y unos ojos que la miraban a través del cristal bañado por un reserva del 82.

Un saxofón comienza a sonar, sus venas chisporrotean pero ella aprieta los puños. Ella ya no se deja llevar por el ritmo, sus pies han decidido olvidarlo. Ella ya no canta, sus cuerdas enredadas y hechas un nudo no quieren ser punteadas. Solo espera a que el saxofonista se canse de tocar una noche más sin recibir el acompañamiento de su solista preferida. Solo espera, con la melena que antes vivía suelta sobre sus hombros, y que ahora es recogida en un apretado moño. Otra lágrima se atreve a bailar por ella, descende hasta su cuello siguiendo la canción de ese saxofonista solitario de la esquina. Y entonces cierra los ojos y se deja llevar por el cansancio acumulado tras varias noches sin dormir. Aún con la taza de té entre sus manos, recuesta suavemente la cabeza en el brazo del sillón. Y duerme.

Y entonces abre los ojos. Las agujas del reloj marcan el compás de una canción acelerada, la luz de la luna apenas deja ver las pequeñas motas de polvo que, en

suspensión, se pasean de un lado para otro en su habitación. El pelo pegado a su nuca, su respiración escapándose poco a poco entre sus labios, lágrimas suicidas que abandonan sus ojos hasta morir en un camisón corto de algodón. Como un resorte ella se incorpora, las sábanas la siguen hasta salirse de debajo del colchón. Poco a poco, camina hacia la ventana. No puede evitar llevarse una mano al pecho. Pum pum, pum pum. El ritmo de esa canción recién inventada martillea sus oídos. El corazón continúa corriendo aceleradamente, mientras el tiempo se dedica a pasear a su alrededor. El aire entre las cortinas despeja su cabello, ella inspira profundamente... mira hacia la cama, ya iluminada con la luna inquieta de una noche de Abril. Deja escapar un suspiro.

Nos creemos poderosos teniendo todo bajo control...y ahí es cuando llega un insignificante sueño que desbarata todo. Y nos recuerda aquello que nos da miedo, lo que sería capaz de explotar nuestra pequeña burbuja en la que todos estamos inmersos. Es un pequeño recordatorio. Cuando los sueños desbaratan uno de los pocos momentos de tranquilidad del día a día... dormir. Era en estas noches de sueños desagradables, en las que temblorosos cruzábamos el pasillo casi corriendo hasta alcanzar la cama de nuestros padres. Buscando la seguridad que faltaba en nuestro santuario infectado por monstruos malvados, animales rabiosos o bichos. Recuerdo como dormía entre mis padres cual sardinas enlatadas, como mi madre me acariciaba el pelo mientras me cantaba muy bajito canciones al oído. Como finalmente me dejaba vencer por el sueño enterrando la cara en la almohada impregnada por el olor de la colonia de mi padre. Y ahora todo cambia.

Vuelve a la cama. Ahí está él, irradiando calor, como siempre. Está tan adorable con sus pestañas rizadas, negras y espesas...pestañas que cualquier mujer envidiaría, y que ella no envidia. Porque son casi suyas. Despacio, se tumba a su lado, muy cerca, contemplando como su nariz aletea poco a poco, cómo con un resoplido mueve algún rizo despistado fuera de su coleta deshecha. Inconscientemente, sus brazos la rodean.

Las preocupaciones se disipan, y ella deja que su mente decida que quiere pensar.

Desde muy pequeña siempre le ha gustado bailar.

Y es ahora cuando su corazón ha encontrado la pareja de baile perfecta. Pum, pum pum, pum, pum pum... su corazón se une a seguir el ritmo de la canción que tararea el pulso tranquilo del cuello de él en la frente aún mojada de ella. Y ellos bailan juntos. Y no intentan seguir el ritmo, lo inventan. Se buscan, se encuentran y se siguen.

Es increíble ver como un sencillo gesto como aquel hace que su mente sienta escalofríos. Ya no tiene miedo, ya no está nerviosa, ya no recuerda nada. Porque su corazón baila.

Sus ojos se abren de par en par. La taza de té cae estrepitosamente al suelo. Era él otra vez. Los escalofríos, los suspiros, las lágrimas y los recuerdos la inundan. Y ella ya no

sabe como nadar hasta la superficie y alcanzar el aliento que su pecho grita una noche tras otra. No habla, no besa, no toca, no saborea. Vive sin sentir que vive.

Porque él ya no está con ella. Porque sin él, ella abandona. Es el carro de rueda atascada y mal tirado por dos bueyes rebeldes que no saben ir recto. Es el té helado en una noche de invierno cualquiera, con sabor a “te echo de menos”.

No puede soportar el frío, hace un esfuerzo y consigue alcanzar la manta. Desearía volver a dormir, pero le atormenta el despertar. Coge un bolígrafo y el cuaderno que está de encima de la mesa. Y vuelve a dejarse llevar por una mano que no para de escribir palabras al azar con mucho cuidado, garabateando cosas sin sentido.

Y una noche más reza su nombre en un susurro. Y la luna ya satisfecha, se esconde hasta la noche siguiente.